

## ¡Mancha, me gustas!

Me gusta pasear por los caminos polvorientos que miden tu llanura paso a paso, caminos hechos de sol, de resacas brisas en las mañanas, bajo la ceguera de un sol que se aposenta en un infinito abrazo sobre tu inmensidad, abierta a la claridad de un cielo que te bendice cada día. Me gustan tus noches apacibles, serenas, iluminadas de luna que recorta las suaves ondulaciones que festonean tu lejanía en toda la belleza de tu contorno. Me gusta el resplandor de la cal de tus pueblos, tan blanco como el alma de tus gentes, que tienen la reciedumbre de la tierra donde fraguan su vida pegados a ella en cada momento; respirándola, sintiéndola, amándola, entregándole el esfuerzo de su trabajo con el fervor de un rito. Hombres venerables como esta tierra que abre el caudal de su corazón para dar paso a todos los caminos de España.

Caminos donde vigías de los tiempos —los castillos, herencia de tu glorioso pasado— guardan la grandeza de tu historia en su piedra, donde la fueron escribiendo las gestas de tus más preclaros varones, y recortan su fortaleza en la claridad del espacio, dominándolo impasibles al transcurso de los años con sus azotes de cierzos.

Tierra hermana de todas las tierras. Tierra donde el abolengo y la humildad bordan el escudo de su personalidad humanitaria sobre el campo de azur de ese cielo, que tal virtud les inspira.

En la solemnidad de tu silencio, en la magnificencia de tu amplitud, en la brisa que molinea en tus trigales, en el brillo de tus azadas, en tus pulidos arados y en los blancos monumentos de tus molinos, que balancean los aires con hambre de espacios. En toda ti vibra el amor que brota de las profundas entrañas de tu suelo regado por el sudor de tantas generaciones y moldeado por tantas manos que, en su continuo esfuerzo por servirte, se fueron convirtiendo poco a poco en sarmientos como los que tanto manejaron a través de los años.

Me gustas por esos bellos paisajes de Ruidera, donde trece lagunas brindan la policromía de sus colores, indolentemente tendidas sobre la mullida alfombra que le diste por cuna; donde duermen la placidez de un encantado sueño, tachonado de luceros que bajo el cendal de tus noches descienden para mecerse en la pureza de sus aguas. Entonces, el paisaje resurge en el primer plano de las maravillas.

Me gustas y te quiero porque cuando prometes realizas. Me gustas cuando te ofreces cubierta con la impecable blancura de la nieve, en todo el esplendor de tus crudos inviernos, tus carrascas tantas veces dibujadas por el pincel de la escarcha, el canto marino de las copas de tus chopos y sabinas azotando la potencia del viento, la lluvia incesante de los temporales, el olor a tierra mojada que purifica el ambiente, el crepitar de los

leños en la recogida chimenea tan propicia a los relatos que nos dejaron de padres a hijos.

Me gustas por el sabor de tu historia y porque de ti partió, como ejemplo para el mundo, la hidalguía de un caballero, hijo de la mente de aquél de quien se dijo *el mejor libro del mundo lo escribió un manco en mi tierra*, que luchó por todo lo bello con la nobleza de un corazón que, como su tierra, era tan inmenso que no tuvo fronteras.

María Pérez y Acosta  
de Martínez de la Orden



## A la tinaja de barro

Tinaja, vieja tinaja,  
¡qué abandonada tú estas!,  
porque ya te consideran  
como de tercera edad.

Se han olvidado que fuiste  
arrogante y muy lozana,  
engendraste muchos hijos  
en tus oscuras entrañas.

Tú fuiste una madre dura,  
al tiempo que dura, blanda,  
porque entregabas tus hijos  
para el bien de nuestra España.

Tú los engendraste blancos  
y negros, que son dos razas;  
nadie ha podido decirte  
que seas una madre mala.

Y esos hijos que entregabas,  
año tras año, con calma,  
son esos vinos famosos  
que tenemos en La Mancha.

Gonzala López Tribaldos